



Fin

«Todo adiós debe ser breve,
sobre todo cuando es para siempre.»

LORD BYRON

Cuando Sam abrió la verja de casa de su abuelo, tuvo la sensación de que algo había cambiado. Aquel jardín agreste y desordenado era parte de su hogar, ya que sus padres trabajaban en una ciudad al otro lado del océano.

Acababa de cumplir los once años. Pasaba el día en la escuela de una población cercana y cada atardecer se reunía con su único familiar. Tras preparar la cena juntos, charlaban junto al fuego durante horas hasta que al anciano se le cerraban los ojos. Entonces el chico lo cubría con una manta y subía a su cuarto.

Aunque echaba de menos a sus padres, Sam era feliz con aquella vida sencilla y rutinaria. Por eso mismo se sintió inquieto cuando, al cerrar la verja tras de sí, se dio cuenta de que una extraña calma se había instalado en el jardín. No se oía ni un grillo, ni una cigarra. Ni siquiera Golden, el gato rubio y rechoncho de su abuelo, había salido a recibirle.





Silencio.

Levantó la cabeza hacia la luna llena, que flotaba vaporosa en el crepúsculo, como si fuera la responsable de que todo hubiera enmudecido. Luego abrió la puerta de casa y llamó a su abuelo.

No obtuvo respuesta.

Muy preocupado, Sam atravesó el salón y vio que el fuego estaba encendido. Cada tarde, encontraba a su tutor sentado frente a la lumbre, absorbido por la lectura de algún grueso volumen de su biblioteca. Esta vez, sin embargo, el sillón estaba vacío.

Tampoco el gato, inseparable compañero del anciano, se encontraba allí.

—¿Golden? —lo llamó—. ¿Dónde estáis?

Sam se asomó a la escalera de piedra que llevaba a la planta superior, donde estaban las habitaciones. Un maullido quejumbroso procedente de la cocina hizo que devolviera la mirada al salón.

Cruzó la cortina que separaba la estancia principal de la cocina de leña, que además servía de despensa.

El gato volvió maullar con un tono aún más urgente al verlo entrar.

—Pero ¿dónde...?

Antes de que pudiera terminar la pregunta, Sam bajó la mirada y se quedó helado.

El anciano yacía en el suelo con los ojos muy abiertos





y una leve sonrisa en el rostro. Murmuró algo confuso al ver que el chico se agachaba, muy asustado, y le agarraba la mano con fuerza.

—¡Abuelo!

Sam pasó el brazo por la cintura del viejo para ayudarlo a incorporarse. Alarmado, pensó que se había caído y no tenía fuerzas para ponerse en pie por sí mismo.

—Déjame aquí —pidió el anciano—. No necesito ir a ningún sitio. Solo quiero que estés muy atento.

Tuvo que luchar para que las lágrimas no desbordaran sus ojos, mientras el hombre que yacía le preguntaba con voz débil:

—¿Puedes hacer algo por mí?

—¡Claro! —dijo temblando—. Todo lo que quieras, abuelo.

—Sobre la mesa... Lo he escrito en un papel porque sabía que se acercaba el fin.

Tras pronunciar esta última palabra, sus ojos se cerraron. Una expresión serena, como si el anciano vislumbrara un paraíso lejano, se apoderó de su rostro.

